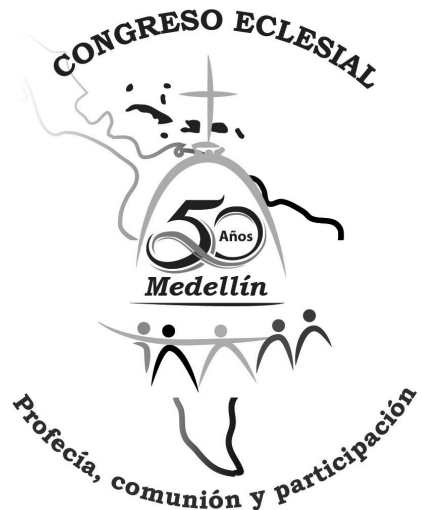


Interpretación Cristiana de los signos de los tiempos hoy en América Latina

Excmo. Mons.

EDUARDO F. PIRONIO

*Secretario General
de la Segunda Conferencia
y Secretario General
del Consejo Episcopal
Latinoamericano, CELAM.*



Medellín - Colombia,
23 al 26 de agosto de 2018



Introducción

EL “TIEMPO SALVÍFICO” DE AMÉRICA LATINA

1. La “plenitud de los tiempos”, en Cristo y el Espíritu (Encarnación y Pentecostés)

Todo momento histórico, a partir de la Encarnación de Cristo, es momento de salvación. Porque la salvación —en germen ya desde los comienzos del mundo y admirablemente preparada en la Alianza con el Israel de Dios— irrumpe radical y definitivamente “en los últimos tiempos” con la presencia salvadora de Jesús y la acción vivificadora de su Espíritu. Presencia y acción que se prolongan ahora en el Misterio sacramental de la Iglesia hecha Pueblo de Dios.

Cristo —“nuestro Dios y Salvador” (Tt 2,13)— se constituye “centro” de esta salvación, principio y “causa de la salvación eterna” (Hb 5,9). Por lo mismo se convierte en la “clave, el centro y el fin de toda la historia humana” (GS, 10).

El advenimiento de Cristo señala que “la plenitud de los tiempos” ha llegado (Ga 4,4) que “el Reino de Dios” está ya presente entre nosotros (Mt 12,28) que se “ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tt 2,11).

Cristo culmina los *tiempos anteriores* —realizando las promesas y llenando las expectativas— “pues todas las promesas hechas por Dios han tenido su Sí en El : y por eso decimos por El ‘Amén’ a la gloria de Dios” (2Co 1,20). Constituido por el Padre

en “Señor y Mesías” (Hch 2,36), preside ahora la historia dando contenido salvífico a los tiempos que le siguen, hasta que llegue el momento de la plenitud definitiva cuando “todas las cosas se reúnan bajo un solo jefe, que es Cristo” (Ef 1,10).

Exaltado a la derecha del Padre, el Señor resucitado crea, mediante la plena efusión del Espíritu Santo, la comunidad de los creyentes como “sacramento universal de salvación” (LG, 48) como “germen firmísimo de unidad de esperanza, y de salvación para todo el género humano” (LG, 9).

Pentecostés significa la manifestación de una Iglesia —sobre la que ha sido derramado el Espíritu de Profecía y de Testimonio— como “comunidad de fe, de esperanza y de amor” (LG, 8), donde todos se congregan “en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan, y en las oraciones” (Hch 2,42).

La Iglesia prolonga así en la historia “el tiempo salvífico” de Cristo y su Espíritu, de la Encarnación y Pentecostés.

2. El “día de la salvación” para América Latina

Pero, hay “momentos” especiales en la historia que van marcados con el sello providencial de la salvación. Este “hoy de América Latina” es uno de ellos.

Cuando el hombre toma conciencia de la profundidad de su miseria —individual y colectiva, física y espiritual se va despertando en él un “hambre y sed de justicia” verdadera que lo prepara a la bienaventuranza de los que han de ser saciados y se va creando en su interior una capacidad muy honda de ser salvado por el Señor.

Es preciso que el hombre —enseña Santo Tomás— *padezca* primero la humillación de su pecado, *experimente* la necesidad de un libertador, *reconozca* su propia debilidad, para que pueda clamar por el médico y tener hambre de su gracia. Solo entonces llega el “salvador” enviado por el Padre en la “plenitud de los tiempos” (S. Th. 3,1,5).



Es el proceso de Dios a lo largo de la historia de la salvación. Solo cuando los judíos sienten en Egipto la opresión de la esclavitud, interviene Dios para liberarlos de “la casa de la servidumbre” (Ex 13,3), y conducirlos, a través de la peregrinación por el desierto, a la tierra de la promesa. Solo cuando el pueblo de Dios, disgregado en el exilio, toma conciencia del dramatismo de su situación y, por la voz de los Profetas, de la situación de pecado que la engendra, se compromete Dios a recoger a los dispersos para congregarlos de nuevo en su tierra y en su templo. Solo cuando el hombre padece la ineficacia interna de la Ley, irrumpen Cristo con su gracia que hace posible el pleno cumplimiento del precepto del amor a Dios ‘y al prójimo.

Por eso —si bien el “día de la salvación” es todo el tiempo actual de la Iglesia que va desde la Ascensión hasta la Parusía— este hoy de América Latina señala verdaderamente “el tiempo favorable, el día de la salvación” (2Co 6,2).

3. Perspectiva de esperanza

Esta es la primera afirmación, llena de optimismo sobrenatural y de responsabilidad cristiana, para quien interpreta los acontecimientos actuales a la luz de la fe. El Señor glorificado vive y actúa siempre en la historia preparando el Reino que ha de ser entregado definitivamente al Padre. Pero hay momentos y para América Latina es este el suyo en que la acción salvífica de Dios se manifiesta de un modo particular y nuevo. El Espíritu Santo despierta simultáneamente: en los hombres la **conciencia** de su miseria, en la Iglesia la responsabilidad de su **misión**, en los pueblos la seguridad de su **salvación** por Cristo Jesús.

Por lo mismo, conviene que nos situemos en perspectiva de **esperanza**. “Ya ha llegado el tiempo. El Reino de Dios está muy cerca” (Mc 1,5). “Yo os digo: levantad los ojos y mirad los campos, ya están blancos para la siega” (Jn 4,35). “Tened en cuenta el momento en que vivimos, porque ya es hora de despertarse; la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe” (Rm 13,11).

En definitiva, esta esperanza se apoya fundamentalmente en la acción de Dios, que es el único que salva. Hay una presencia nueva del Señor en nuestro continente que, desde la profundidad de su miseria, adquiere conciencia de su misión y de sus valores y busca

ser totalmente liberado. Hay una acción nueva del Espíritu Santo que congrega a la Iglesia de América Latina para que —en esta expresión de Colegialidad que es la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana— tome conciencia de sí misma, se renueve y se disponga al diálogo salvador con el mundo.

Esto “marca el tiempo y el momento” (Hch 1,7) de América Latina. Heredera de las riquezas de la Evangelización primera —innegablemente inspirada en las luces del Concilio de Trento— la Iglesia de América Latina se dispone ahora a una nueva proclamación de su Mensaje a la luz del Concilio Vaticano II. Por eso se congrega en la “comunidad del Espíritu” que asegura y manifiesta el acontecimiento salvífico de un nuevo Pentecostés para América Latina.

Pero la esperanza es real cuando se toma también conciencia de que el “misterio de iniquidad está actuando” (2Ts 2,7). Es evidente que en la realidad latinoamericana hay una “situación de pecado” que debe ser transformada en realidad de justicia y santidad. Mientras la verdad y la gracia nos liberan, el pecado nos somete a servidumbre (Jn 8,32-34). Por eso, la necesidad urgente de una profunda conversión a fin de que llegue a nosotros “el Reino de justicia, de amor y de paz”: “ya ha llegado el tiempo: el Reino de Dios está muy cerca: convertíos y creed en la Buena Noticia” (Mc 1,15).

Todos los hombres y todos los pueblos deben sentirse solidariamente culpables, comprometerse a vencer el pecado en sí mismos, luchar por la liberación de sus consecuencias (el hambre y la miseria, las enfermedades, la opresión y la ignorancia). Vale especialmente para América Latina el diagnóstico tan simple, tan fuerte y tan hondo de Pablo VI: “El mundo está enfermo. Su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos” (PP, 66).

En esta doble perspectiva —de esperanza fundamental que debe ser reafirmada, y de real situación de pecado, que debe ser vencido— debemos interpretar los signos de los tiempos en América Latina hoy a través de la vocación del hombre y de la misión salvadora de la Iglesia, “sacramento universal de salvación”, “comunidad santa de fe, esperanza y amor”.



PRIMERA PARTE

VOCACIÓN DEL HOMBRE

1. El hombre como sujeto de redención de la Iglesia

Centramos nuestra atención en el hombre. No porque el hombre sea el horizonte final de la Iglesia, ya que “todas las cosas son vuestras, pero vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Co 3,22-23). Nos interesa el hombre porque el hombre es ahora sujeto de la redención de la Iglesia. ‘Por nosotros los hombres y por nuestra salvación’ descendió la Palabra de los cielos, revistió nuestra carne, y plantó su tienda entre nosotros. Nos interesa el hombre en cuanto en él se proyecta el designio salvador del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este hombre frágil y pecador, ignorante y oprimido, angustiado y enfermo, y que está llamado sin embargo a ser feliz. Este hombre, que con su inteligencia y actividad creadora, provoca “el cambio” y al mismo tiempo lo padece (GS, 4). Este hombre —cualquiera sea su estado interior y su situación externa— es portador de la imagen de Dios y está llamado a reflejar la gloria de Cristo como Cristo refleja la gloria del Padre (2Co 3,8; 4,6). “Pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad” (GS, 3).

La Iglesia se sitúa frente a este hombre que, sin decir palabra, la interroga sobre el sentido de la vida, del dolor y de la muerte. La Iglesia busca comprenderlo, contestarle, darle vida. Proclama ante el mundo la “altísima vocación del hombre” y la “semilla divina” que en él ha “sido plantada desde el comienzo. Le propone lo que Ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad” (PP, 13).

A nuestra Iglesia latinoamericana le interesa nuestro hombre, tal como se da y se le presenta, con sus angustias y esperanzas, con sus posibilidades y aspiraciones. La respuesta de la Iglesia es siempre: Cristo en la plenitud de su mensaje y de su vida. La salvación está allí, hecha Palabra y Sacramento, hecha acción y testimonio.

Solo a la luz del Verbo encarnado —“imagen del Dios invisible y primogénito de toda la creación” (Col 1,15) puede esclarecerse el misterio del hombre. “Cristo, nuevo Adán, es la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre y le descubre su altísima vocación” (GS, 22).

2. El hombre “imagen de Dios” en la creación (imago creationis) (Cf. S. Tu. 1.93,4)

Creado a imagen de Dios, el hombre lleva en su interior una “semilla divina” (GS, 3) que lo invita al diálogo con Dios y lo destina a la unión plena con El. El hombre es constituido señor de las cosas, llamado a recrearlas continuamente, a imprimirles su propio sello espiritual y divino. Entra en comunión con los demás hombres mediante la gozosa donación de sí mismo y constituye con ellos la comunidad humana. Marcha así a su plenitud personal y se realiza a sí mismo en la dimensión total de su persona, abierta a Dios, a los hombres, al mundo. Este es el sentido de su vocación al “desarrollo integral”.

3. “Imago: recreationis”. Lo “nuevo” por Cristo

Cristo ilumina, por su Palabra y sus gestos, esta vocación del hombre. La hace posible por el Misterio de su Muerte y Resurrección.

Incorporado a Cristo, por la Fe y el Bautismo, el hombre alcanza una dimensión nueva. Bautizado en Cristo Jesús ha revestido a Cristo (Ga 3,27). La “novedad” original de Cristo es introducida en el interior del hombre por el Don del Espíritu que hace nuevas todas las cosas. El hombre es así “creado en Cristo Jesús” (Ef 2,10), hecho en El como “creatura nueva” (2Co 5,17).

Se produce en el hombre el verdadero cambio, la transformación radical, que lo impulsa a una relación más profunda con Dios, con los hombres, con las cosas. Todo lo anterior importa tan solo como preparación y figura. Ahora “lo que importa es ser una nueva creación” (Ga 6,15). El Espíritu de adopción le hace gritar a Dios “Abba”, Padre (Rm 8,15; Ga 4,6).

Le descubre que los hombres no son simplemente hermanos,



sino los hijos de Dios redimidos en esperanza (Rm 8,24), herederos de una salvación que ha de revelarse al fin de los tiempos (1P 1,15), y lo compromete de un modo nuevo con ellos. Le hace entender que el mundo ha sido también recreado en Cristo y que el hombre debe comprometerse en el tiempo a preparar “el cielo nuevo y la tierra nueva donde habitará la justicia” (2P 3,3).

4. “Imago similitudinis”. Lo “definitivo” en la gloria

Su plenitud humana alcanza así “por la inserción en el Cristo vivo” (PP, 15) una dimensión cristiana que trasciende el tiempo. Llamado a reproducir la imagen de Cristo “primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8,29), experimenta la fuerza interior del Espíritu que lo impulsa a completar su imagen en la eternidad donde “seremos semejantes a El porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3,2). La novedad definitiva del hombre, su plenitud consumada, arribará cuando el Espíritu del Señor Jesús, que habita ahora en nuestros corazones como anticipo y prenda, y nos ha “marcado con un sello para el día de la redención” (Ef 4,30), resucite nuestros cuerpos mortales (Rm 8,11) y los transforme haciéndolos conformes al Cuerpo glorioso del Señor (Flp 3,21).

“La vocación suprema del hombre es una sola, es decir divina” (GS, 22). Sólo se dará cuando predestinado por el amor del Padre a ser hijo suyo adoptivo por medio de Jesucristo, alcance la seguridad de su salvación en la madurez de su santidad “en su presencia” (Ef 4,5). Entonces habrá una comunión definitivamente nueva con el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la comunicación irrompible de los santos y en la posesión gozosa de la creación nueva.

5. El hombre “artífice de su propio destino”

Pero, ahora, en el tiempo, el hombre está llamado a ser él mismo, a “hacer conocer y tener más para ser más” (PP, 6). Artífice de su propio destino, tiene una misión concreta en el tiempo y le corresponde un llamado divino. “En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta” (PP, 15). Le han sido dadas por eso, desde su nacimiento, posibilidades que debe hacer fructificar. Ha sido también sembrada

en su interior, una semilla divina que debe hacer germinar hasta la vida eterna.

La realización de su vocación, importa, ante todo, una *fidelidad personal*. Una respuesta gozosa y total a un llamamiento divino. El hombre descubre su misión concreta en la historia y se compromete a realizarla. Esto le impone una permanente actitud de desprendimiento y una generosa actitud de donación. Ni la posesión egoísta de los bienes puede endurecerlo o encerrarlo, ni paralizarlo o destruirlo tampoco la miseria. El hombre vive en serena tensión interior luchando constantemente por ser fiel. Su fidelidad importa una respuesta a Dios, pero también un insustituible servicio a sus hermanos. Ser fiel a una vocación determinada, es cooperar, solidariamente con los demás hombres, a la construcción de una verdadera comunidad fraterna.

6. Condiciones para que el hombre pueda realizar su vocación

Pero la fidelidad personal del hombre se ve con frecuencia comprometida por situaciones externas antihumanas. Es difícil, a veces, por no decir imposible, responder a la vocación divina de un desarrollo integral de la persona. Este supone un acceso moralmente fácil a la cultura, una normal participación en los bienes de la civilización, una posibilidad del gozo creativo del trabajo, una asunción “de los valores superiores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación” (PP, 20).

Por eso la necesidad imperiosa de crear condiciones de vida —culturales, sociales, económicas y políticas— que hagan posible al hombre la fidelidad personal a su vocación divina. Por eso, también, el compromiso urgente para la Iglesia de denunciar proféticamente las situaciones injustas que cierran al hombre las posibilidades concretas de su misión.

El hombre está llamado por Dios al pleno desarrollo de sí mismo. Plenitud, sabemos, que ha de darse en Cristo. Su inteligencia se abre a un conocimiento profundo de la naturaleza, a una particular posesión de la sabiduría humana, a una penetración luminosa de la Fe. Facilitar a los hombres de nuestro continente



los caminos que llevan a la variada y rica posesión de la verdad, humana y divina, es abrir para ellos los senderos de la salvación.

El hombre tiene que “dominar la tierra”, es decir, arrancarle sus riquezas para ponerlas al servicio, no de unos pocos privilegiados, sino de toda la humanidad. Ello implica la posibilidad de perfeccionar la creación mediante un trabajo realizado en condiciones dignas de la persona humana y la participación en los bienes que le son necesarios.

El hombre tiene que aceptar libremente el Reino de Dios, participar activamente en él, y anticipar en el tiempo su venida (“Venga a nosotros tu Reino”), haciendo que todas las cosas vayan siendo sometidas al señorío universal de Cristo.

7. El hombre en situación de cambio

El hombre va realizando su vocación en el tiempo como peregrino de la eternidad. Por eso vive esencialmente en “situación de cambio”. Su condición de “peregrino” lo hace vivir en serena tensión de los “bienes futuros” (Hb 9,11), con absoluta fidelidad a lo inmutable y generosa ascensión de “lo nuevo”, en constante proceso de renovación, desprendimiento y pobreza. Hasta que “entre en el reposo de Dios” (Hb 4) el hombre va “haciéndose” en el devenir del tiempo, constantemente despojándose y enriqueciéndose. En Cristo —“mediador de una alianza más perfecta” (Hb 8,6)— va caminando hacia lo definitivamente nuevo y eterno, a través de las cambiantes riquezas de la historia.

SEGUNDA PARTE

LA IGLESIA, SACRAMENTO UNIVERSAL DE SALVACIÓN

1. Misión única de la Iglesia

Mediante su Espíritu el Señor resucitado constituyó a su Cuerpo, que es la Iglesia, en “sacramento universal de salvación” (LG, 48).

Para eso vino Cristo al mundo: para dar testimonio de la Verdad, salvar y no condenar, servir y no ser servido. Y esa es ahora la *misión única* de la Iglesia (GS, 3). Misión de *orden religioso* que invade, sin embargo, la *totalidad del hombre* (alma y cuerpo, individuo y sociedad, tiempo y eternidad), la totalidad del mundo y sus cosas.

Como “sacramento” la Iglesia es “signo” e “instrumento” de salvación.

2. La Iglesia “signo” de salvación

Como “signo” expresa en el tiempo que el *Reino de Dios ya ha llegado a nosotros* y la salvación nos ha sido dada por Cristo, misteriosamente presente, por la actividad incesantemente renovada de su Espíritu, en la historia. Ella es plantada en el mundo como “Signo levantado entre las naciones”, como “Luz de los pueblos”.

Su misión profética la impulsa a proclamar incesantemente las maravillas de la salvación, obradas por Dios en la historia, provocando en los hombres actitudes de reconocimiento y de esperanza. Descubre al hombre su vocación divina. En nombre de Cristo, cuya presencia prolonga, llama al hombre a la realización de su destino, le revela su propio misterio, le hace tomar conciencia de su grandeza. Al mismo tiempo lo despierta de su situación de miseria y de pecado, le hace sentir su soledad y su pobreza, experimentar hambre y sed de justicia, necesidad de Dios y de comunión fraterna. Le revela el sentido de las cosas y el valor positivo de la creación.

Como “signo” también, denuncia las injusticias existentes y el misterio de la iniquidad que destruye a los hombres, disgrega a los pueblos, imposibilita la paz. En la línea del Servidor de Yahvé, la Iglesia siente el llamado de Dios: “Te he destinado a ser Alianza del Pueblo y ‘Luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo a los presos, de la cárcel a los que viven en tinieblas. . . Te voy a poner por Luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra” (Is 42,6-7; 49,6).



3. La Iglesia “instrumento” de salvación

Como “instrumento” la Iglesia convoca a los hombres en la unidad de la Palabra y de la Eucaristía. Proclama, “con ocasión o sin ella” (2Tm 4,2), la Buena Noticia de la salvación —que es el advenimiento del Reino— y celebra el Misterio de la Muerte y Resurrección del Señor anunciando su venida. Invita a la conversión y dispone a los hombres —en la pobreza, y el hambre de justicia, en la misericordia y la rectitud de corazón, en la disponibilidad para la paz, en el anonadamiento y la cruz— a la participación activa en la salvación mediante su entrada en el Reino. En una palabra, anuncia y realiza el “Evangelio de la salvación” (Rm 1,16). Va introduciendo en el corazón del hombre “la novedad” de la gracia —semilla de Dios, anticipación de la vida eterna y va conduciendo a la humanidad a la definitiva recapitulación de todas las cosas en Cristo (Ef 1,10).

Va marcando a los hombres con el sello del Espíritu Santo prometido, el cual es anticipo de nuestra herencia y prepara la redención del Pueblo que Dios ha adquirido para alabanza de su gloria (Ef 1,13-14). Con la Sangre de Cristo purifica las conciencias muertas por el pecado (Hb. 9,14). Da a comer el Cuerpo glorificado del Señor, que se introduce en la totalidad del hombre —alma y cuerpo— como germen de inmortalidad, como pan de la vida eterna.

4. Exigencias de anonadamiento y pobreza

La Iglesia es puesta en el mundo como “signo” e “instrumento” de salvación. Esta salvación —como en Cristo— supone para la Iglesia un continuo estado de anonadamiento y de cruz, que lleva a la resurrección y exaltación definitiva. Los caminos de la salvación son, por eso, caminos de pobreza, de humillación, de servicio. Pero en perspectiva de gloria y esperanza.

Cristo fue definitivamente glorificado por el anonadamiento de su Encarnación y de su Cruz (Flp 2). “Como Cristo efectuó la Redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (LG, 8).

Por esencial fidelidad al Evangelio y por solidaridad con los hombres y pueblos de nuestro continente, la Iglesia de América Latina se siente hoy llamada a dar un testimonio particular de pobreza. Debe ser “signo” de Cristo que “siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de enriquecernos con su pobreza” (2Co 3,9). Se siente ungida por el Espíritu del Señor que la envía a llevar la Buena Noticia a los pobres, anunciar a los cautivos la liberación y la vista a los ciegos, a dar libertad a los oprimidos (Le 4,18). Consciente de que su Reino no es de este mundo —aunque se va realizando misteriosamente en él— proclama “felices a los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos” (Mt 5,3). Experimenta, por eso, la necesidad de verse libre Ella misma de ataduras temporales que la comprometen, desprendida de bienes innecesarios que la paralizan.

Proclama ante todos los hombres— y lo exige particularmente de sus hijos— el verdadero sentido de la pobreza: como actitud interior, profunda y simple. No es pobre quien se siente superior, seguro y fuerte. La verdadera pobreza experimenta una necesidad profunda de Dios y de los otros. No es pobre quien siente orgullo de su pobreza y hace ostensible manifestación de ella. La pobreza es esencialmente servicio y amor, desprendimiento y libertad, serenidad y gozo. No siembra resentimientos, no engendra amarguras, ni provoca violencias. Tampoco constituye un estado definitivo. Es solo la condición para que el Reino de Dios se introduzca en nosotros y nos haga partícipes de los bienes invisibles. También es condición para que todos los hombres encuentren en la tierra “los medios de subsistencia y les instrumentos de su progreso” (PP, 22), puesto que “Dios ha destinado la tierra, y todo lo que en ella se contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad” (GS 69).

5. Dimensión universal de la salvación

La salvación abarca a todo el hombre y a todos los hombres. Es universal en todas sus dimensiones.

“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban



sometidos a la Ley y hacemos hijos adoptivos” (Ga 4,4-5). En su aspecto negativo, la salvación es liberación completa, superación de toda desgracia, redención del pecado y sus consecuencias (hambre y miseria, enfermedad ignorancia, etc.). La redención importa, por la incorporación a la muerte de Cristo una liberación de toda servidumbre. Fue destruido nuestro cuerpo de pecado, para que dejáramos de ser esclavos del pecado (Rm 6,6).

En su aspecto positivo, la salvación es pleno desarrollo de todos los valores humanos, introducción de la gracia de adopción revestimiento del “Hombre Nuevo”, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad (Ef 4,23).

Es todo el hombre el que ha de ser salvado : en su alma y en su cuerpo, en su interioridad personal y en su relación comunitaria. El sujeto de la redención es la persona humana en su dimensión total.

Pero la salvación abarca también a todos los hombres y su historia, a todos los pueblos y a la creación entera, sujeta ahora a servidumbre y liberada en esperanza, que espera ardientemente la manifestación de la gloria de Dios en los hombres cuando “sea liberada de la corrupción de la esclavitud”, para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rm 8,18-25).

6. Perspectiva escatológica de la salvación

Esta salvación ya está en germen en la historia. “Aquí en la tierra el Reino ya está presente en misterio” (GS, 39), íntimamente compenetrado con la comunidad humana. Al mismo tiempo es objeto de búsqueda, de súplica y de espera: “Ven Señor Jesús”.

El Señor resucitado actúa permanentemente en el mundo para ponerlo explícitamente bajo la soberanía de Dios, reduciendo las potencias del mal y haciendo que todo el progreso humano conduzca a la recapitulación de Cristo Cabeza. La señal de que el Reino de Dios va llegando, es que Cristo va expulsando el mal por el Espíritu de Dios (Mt 12,28).

Distinto del progreso humano, pero íntimamente compenetrado y comprometido con él, el Reino de Dios va

marchando en la historia hacia la consumación definitiva: cuando —vencido el último enemigo que es la muerte— Cristo entregue el Reino al Padre y “sea Dios en todas las cosas” (1Co 15,28). La salvación integral del hombre y de los pueblos adquiere así una dimensión escatológica y trascendente que le es esencial.

TERCERA PARTE

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE UNIDAD

1. La Iglesia, expresión de la comunidad divina

“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1).

La Iglesia **expresa y realiza** la comunión divina. Esencialmente es “el Pueblo congregado por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (LG, 4). Nace en el tiempo como manifestación del designio salvador del Padre que nos redime en Cristo por la plena efusión de su Espíritu (Ef 1,3-14).

Constituida por Cristo como germen firmísimo de unidad, esperanza y salvación, como comunión de vida, caridad y verdad, como instrumento de redención universal, como sacramento visible de unidad salvadora, la Iglesia entra en la historia humana, trascendiendo tiempos y lugares, para extenderse a todas las naciones (LG, 9).

La salvación importa entrar en plena comunión divina. Solo desde allí puede extenderse la perfecta comunidad humana.

La Iglesia es ahora la encargada de “congregar en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52). La salvación supone la intercomunicación de los hombres y de los pueblos lo cual sólo puede darse en la realidad del Cristo glorificado que, por medio de la Cruz, derribó el muro de odio que separaba los pueblos,



los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, y creó con todos ellos “un solo Hombre Nuevo en su propia persona” (Ef 2,14-18).

2. La Iglesia, “comuni3n con Dios”

Hay tres niveles de esta “comuni3n”.

El primero, es el que se realiza en el “Misterio de la Iglesia” como presencia de Dios en Ella, Esposa o Cuerpo de Cristo, Templo del Esp3ritu Santo, Pueblo de Dios.

“Comunidad de fe, esperanza y caridad” (LG, 8), la Iglesia nace y vive de la Palabra y el Sacramento. En la medida en que es proclamada la “Palabra de salvaci3n” (Hch 13,26) y celebrada la Eucarist3a, van entrando los hombres en comuni3n con Dios que es Luz y es Amor. Os anunciamos lo que hemos visto y o3do, para que tambi3n vosotros viv3is en comuni3n con nosotros. Y “nuestra comuni3n es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,3). La finalidad 3ltima de la Iglesia —la plenitud de su misi3n salvadora— es conducir a los hombres, congregados por Cristo en la unidad de su Esp3ritu, al reposo definitivo del Padre.

Los hombres entran en comuni3n definitiva con Dios por el “cara a cara” de la visi3n (1 Co 13.12). Los pueblos alcanzar3n la meta consumada de su unidad cuando sean congregados por el Se3nor a su regreso, en la Jerusal3n Celestial.

Pero entre tanto es esencial a la Iglesia ir creciendo en la actividad de la fe, en la firmeza de la esperanza, en el dinamismo de la caridad. La Iglesia va creciendo en su realidad interior, provocando en sus miembros una permanente actitud de purificaci3n y de cambio, de transformaci3n y plenitud. Hay momentos de la historia en que el Esp3ritu impulsa a su Iglesia con particular exigencia de santidad. Hoy vivimos uno de esos momentos. El mundo espera de la Iglesia —en la totalidad de sus miembros— un “signo” de Cristo el “Santo y el Justo” (Hch 3,14).

Por eso, tal vez, la responsabilidad primera de los Pastores congregados en Asamblea de Dios en Am3rica Latina sea la de “comprometerse a promover la santidad interior de la Iglesia,

hacerla crecer por la Palabra y la Eucaristía, posibilitar la creación de corazones nuevos que se ofrezcan a Dios como “víctima viva, santa y agradable, como verdadero culto espiritual” (Rm 12,1).

3. La Iglesia, “comunidad de bautizados”

Esto mismo nos lleva a expresar el segundo nivel de la comunión.

Es el que se realiza en la “comunión” fraterna de los bautizados. “Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y, sin embargo es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así sucede también con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo —judíos y griegos, esclavos y hombres libres— y todos hemos bebido de un mismo Espíritu” (1Co 12,12-13).

La comunidad cristiana se compone de la **variada riqueza** de carismas, ministerios y actividades, que el mismo y único Espíritu distribuye como El quiere, como diversas manifestaciones suyas para el bien común. Es esencial a la Iglesia —como “comunidad”— la diversidad de dones en la unidad del Espíritu. “Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto y a la madurez que corresponde a la plenitud de Cristo” (Ef 4,12-13).

Esta intercomunicación es exigida por la misma comunión divina. “La copa de bendición que bendecimos, no es acaso comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque participamos de ese único pan” (1 Co 10,16-17).

El mundo espera de nosotros el testimonio vivo de una comunidad de amor. La unidad cristiana es siempre el signo de la misión de la Iglesia y la condición para que el mundo crea.



4. La Iglesia en comunión con el mundo

El tercer nivel es el de la comunión de la Iglesia con el mundo. “Sacramento de Dios”, la Iglesia expresa y realiza, en la plena unidad de Cristo, la comunidad humana.

“Sacramento del mundo” ella recoge y expresa las aspiraciones del hombre a la unidad. Encarnación de Cristo, la Iglesia hace suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias, de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren (GS, 1).

Distinto del mundo, la Iglesia se siente, sin embargo, insertada en él como fermento y alma, profundamente compenetrada con su suerte terrena, salvadoramente responsable de su destino. “Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad celestial solo puede percibirse por la fe; más aún, es un misterio permanente de la historia humana que se ve perturbado por el pecado hasta la plena revelación de la claridad de los hijos de Dios. El buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no solo comunica la vida divina al hombre, sino que, además, difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de la luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona humana, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profunda” (GS, 40).

La Iglesia aporta así sus riquezas salvadoras al mundo. Al mismo tiempo, va tornando de él sus valores propios, asimilando su lenguaje y su cultura, que le permite expresar adecuadamente —según los tiempos distintos y la diversidad de los lugares— la perennidad de su Mensaje.

Comunidad de “hombres nuevos” en Cristo —incesantemente animados por el mismo Espíritu— la Iglesia entra en salvadora “comunión” con el mundo: comunión **afectiva**, en cuanto **asume** sus angustias y esperanzas; comunión de **palabra**, en cuanto escucha al mundo y lo interpreta a la luz del Evangelio; comunión de **acción** y **servicio**, en cuanto se solidariza con su suerte y le comunica la Ley nueva del Amor. Comprende que todos los hombres son hermanos, portadores de la imagen de Dios y reflejo del rostro de Cristo, y por ellos se compromete a servir al Señor en el hambriento y el

sediento, en el peregrino y el desnudo, en el enfermo y el preso (Mt 25,34-46).

5. Compromiso especial de los laicos

Toda la Iglesia se hace presente en el mundo. Es toda la comunidad cristiana la que se vuelve “signo” de la presencia del Señor (AG, 15).

Pero urge particularmente a los laicos —por su esencial vocación secular— expresar esta presencia salvadora del Señor en las ordinarias condiciones de su vida familiar y social, en todas y cada una de las actividades y profesiones. “Cada laico debe ser ante todo el mundo testigo de la Resurrección y la vida de nuestro Señor Jesucristo y Signo del Dios verdadero” (LG, 38).

Esto exige un compromiso fundamentalmente evangélico con el mundo, dentro del cual el laico —“consagrado a Cristo y ungido con el Espíritu Santo” (LG, 34) se hace fermento o levadura de Dios y realiza su vocación específica de “buscar el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos, según Dios” (LG, 31).

Es un compromiso esencial de su fe, su esperanza, y su caridad. “Signo del Dios vivo”, el laico vive en el mundo su dinamismo teologal: lo interpreta desde la fe, lo trasciende por la esperanza, y lo transforma por la caridad. Por eso su vida religiosa —la plenitud de su santidad en el amor— se alimenta en la Palabra y en la Eucaristía, crece en la intensidad de su oración y contemplación, y se expresa en el testimonio de su actividad temporal. “El cristiano que falta a sus obligaciones temporales, falta a sus deberes con el prójimo, falta, sobre todo, a sus obligaciones para con Dios y pone en peligro su salvación eterna” (GS, 43).

6. Amor a Dios y solidaridad humana

Por absoluta fidelidad a Cristo el cristiano se siente comprometido con el mundo. Porque tiene que amar a Dios sobre todas las cosas, el cristiano se siente urgido a solidarizarse con los



hombres. “Este es el mandamiento que hemos recibido de El: El que ama a Dios, debe amar también a su hermano” (1Jn 4,21). Este es el signo de que hemos pasado de la muerte a la vida: sí amamos a nuestros hermanos. Lo cual implica un compromiso efectivo con los hombres, no solo de lengua y de palabra, sino con obras y de verdad (1Jn 3,14-18).

CONCLUSIÓN

Vivimos un momento particularmente grande en América Latina. Momento difícil y providencial. Su característica esencial es el cambio también para la Iglesia es una invitación de Dios a una renovación profunda.

La Iglesia en América Latina se pregunta, en la sinceridad del Espíritu, qué es Ella para el hombre, qué significa su presencia para los pueblos latinoamericanos, cómo responde a sus inquietudes y esperanzas, cómo realiza sus aspiraciones más hondas, qué aporta de “originalmente nuevo” a todo el proceso de transformación y desarrollo. El continente latinoamericano mira a la Iglesia y espera.

La respuesta de la Iglesia es una sola : Cristo.

Por lo mismo, se dispone a reflejarlo en la totalidad de sus miembros y sus instituciones. Lo cual exige un proceso constante de conversión.

La renovación de la Iglesia es exigida por la vitalidad del Señor que opera en Ella, y por la ansiosa expectativa de los hombres que esperan su salvación. Sobre el rostro de la Iglesia que anuncia el Evangelio a toda la creación resplandecerá Cristo, “Luz de las gentes” (LG, 1). Y así “el Pueblo que marchaba en las tinieblas verá una gran Luz” (Is 9,1).

Renovada en el espíritu —en profunda comunión con Dios, cuyo Misterio expresa —la Iglesia hará presente al Señor por la proclamación de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y el testimonio vivo de todos los cristianos, quienes manifestarán “su fe con obras, su amor con fatigas, y su esperanza en Nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia” (1Ts 1,3).